

FAROL
DE SATURNO



Antonio
Martínez Sarrión

Siete años después de *Poeta en diwan*, el nuevo libro de Martínez Sarrión está integrado por poemas breves, figurativos, elípticos y concentrados al máximo, escritos en un estilo en apariencia «noble», pero socavado por la sorna. Dos bloques temáticos conforman la obra: un conjunto de preceptos búdicos, tal vez apócrifos, para manejarse en este mundo y este tiempo, y una serie de motivos para la contemplación, muy concretos y humildes, provistos de «aura» y ligados a la remota memoria infantil del poeta y a un abolido mundo mítico-rural con ecos de Cesare Pavese. El título del libro apunta al tiempo y a una posible luz sobre él, del todo crepuscular, pero no vencida y mucho menos entregada. Cada objeto, por otro lado, cumple el papel inaugural del «arte pobre», cuyo icono mayor pudiera ser las viejas botas deshechas que pintó Van Gogh. Sintáctica y retóricamente, las composiciones se resuelven, casi sin excepción, en una oración principal y alguna de relativo, ascesis formal que es en último término ética. En todas ellas, la calculada escasez metafórica consigue que, a base de tensión rítmica y sorpresa, se alcance una rara intensidad lírica, infrecuente en nuestra poesía actual.

A Graciela Paoletti Brevetta

Gastaré pocas palabras y haré gastar poco tiempo. Este ahorro de tan preciosa porción de la vida, me negociará perdón, si no me encaminare alabanza.

FRANCISCO DE QUEVEDO

I

HÁBITOS DE LOS DISCÍPULOS DE BUDA

NO QUITAN LA VIDA

HAY quienes,
sin que un poder atroz lo justifique y pida
(y eso ha de ser tras honda reflexión),
se quedan tan tranquilos cuando a un hombre,
blanco, negro, cobrizo o amarillo,
le apean de este mundo, tan duro y tan querido,
mostrando con un dedo maloliente
lo que prescribe un código bestial
o rige la miseria de unas armas.
Con lo mucho, lo todo que supone
poner en pie un puñado de carne palpitante,
y que comience a hablar.

NO SE JACTAN

HAY unos que se pasan la existencia diciendo «yo le gano», «yo le puedo», «yo le mando ahora mismo al ostracismo» o «me hago una pantalla con su piel, por no saber con quién estaba hablando». Que escriben: «me topé con fulano en el cine y se alegró muchísimo de verme». Es tan proliferante esta metástasis de mentecatos y de dominguillos que, más allá de sus propias boñigas, sólo hablan del mirífico mercado, de que tienen el «móvil» descargado o de las series norteamericanas. Por eso ya no salgo de casa sin plantarme mi escafandra de buzo.

NO VAN EN GRUPOS DE MÁS DE SEIS PERSONAS

TENGO por acertada y civil la postura
de no acudir a grandes turbamultas,
por plausible que sea su propósito,
sino una vez por año, lo más dos,
como mandaba la Iglesia de Roma
que había que comulgar: al menos
por la Pascua Florida,
lo cual jodía no poco a mi padre,
por su beata mujer llevado de una oreja
al Manjar Sacro,
¡a él, que, de mozo, tuvo fervores lerroxistas!
De modo que una vez o a lo más dos al año.
Y el resto, mi paseo por el Retiro,
poco antes del almuerzo,
con uno o dos amigos, conjurados
por quinta y opiniones sobre el mundo,
o con los mirlos, que saltan al sol,
son inmortales, como probó Keats,
y han pasado de todo.

NO CONDENAN A LOS DEMÁS

TAMPOCO los absuelven, se supone.
Claro es que, por distingos semejantes
y sutilezas muy propias de Oriente
(tan poco en sintonía con la mente
de un tarugo español, como el que escribe),
vendría a resultar que, el elegir
o preferir no hacerlo, como Bartleby,
darían en lo mismo: en pura y simple acción.
Acción, no lo olvidemos, que representa siempre,
en la fulguración del universo búdico,
empecinarse en el error más craso,
no abandonar la Rueda,
ni tan siquiera en caso de urgencia corporal,
y reencarnar, al cabo, en un batracio hediondo
de esos que croan y escupen en los «media»,
cuando no en una mosca cojonera,
de sobra conocida, con dos o tres papadas,
pelo pajizo y decir untuoso.

SILENCIOSOS, CONTEMPLATIVOS, NO SON AFICIONADOS AL JOLGORIO

BIEN duro aprendizaje
ese de estar callado, mucho más
que la actitud estática. O extática,
punto más elevado
del esplendor. Y que no dura mucho,
ni las altas potencias o el azar lo derrochan,
por mucho que el postrado se empecine
o crea merecerlo con su entrega y esfuerzo.
En lírico trasunto,
más de uno conocimos
a cultores asiduos y tercios de los versos
que, a lo más, accedieron
a escalar por la vía purgativa
–«poesía del silencio» la llamaron,
poniéndose la toga y el birrete
y ahuecando la voz–
sin ver la unitiva, siquiera por el forro,
mientras que algún colega,
con tasadas lecturas y un exceso de copas,
en dos trapiés risibles, como el «tonto» del circo,
era uno con la gracia, la invención y el frescor.

PERO NO DESDEÑAN LA OCASIONAL FIESTA DE LA QUE SE SIGUE SABER

¿POR qué esperar
a que nos den licencia?
Bebamos, cantemos, bailemos,
seamos felices. Transido,
contemplo la luna,
el sol y la luna en su galopar.
Los reveses, así, de la existencia:
el poseer, como el no poseer,
el amasar riquezas, el tener dispendios,
¿no parecerán puras necesidades?

SE SIENTEN DEPRIMIDOS POR EL CHISMORREO, LA ALGAZARA Y LOS DE SU EDAD

DEPRESIÓN que amenaza con llegar a psicosis,
si desórdenes tales
circulan, arrasando, por esa vía letal
y nauseabunda,
por ese miserable Gran Hermano
que es la televisión, omnipresente y borde,
ahora escoltada por sicarios suyos
de tamaño menor e idéntica maldad:
el PC fijo o portátil, más perverso y bodoque
que el antiguo PC, que ya es decir,
del cual nadie hoy se acuerda,
o del colmo y la cifra de lo espantoso y feo,
de lo inútil y tonto:
el teléfono móvil de los huevos,
que hoy se utiliza tanto para un roto:
intercambiar cuatro sandeces
sincopadas sin arte,
como en un descosido:
navegar por la Red o dedicarse al «zapping»,
con igual resultado: quedarse sin neuronas.
En lo tocante a gentes de su edad,
según el enunciado,
mucho depende la desilusión
de que sean blindados marsupiales

neoconservadores e irrecuperables,
o gentes del común, que aceptan ir en «metro»
y a nadie, con afán denigratorio,
motejarían de tercermundista.

ESPERAN A QUE SE LES TELEFONEE

NO está libre de riesgo este sabio consejo.
Un súbdito, invitado cierta vez,
merced a su «vis» cómica,
a compartir manteles en Palacio
con el Jefe Supremo,
dio, luego del convite, en tal delirio,
que, despierto o dormido,
pendía del teléfono, seguro
–pues tanto se rió con él el Mandamás–
de la inminencia de otra convidada.
Y de ahí no lo sacabas y pasaban los meses
y el lúgubre servil perseveraba,
y hubo que recurrir a los loqueros,
cuyas artes y estilos en el trato,
ni él ni nadie podría celebrar con descorches.
Los internos, allí, adquirieron el hábito
de vocearle al pobre catatónico:
«¡Respaldiza, te llaman por teléfono!».

NO TIENEN MAYOR INTERÉS POR LOS AMIGOS, NI SE VENGAN DE LOS ENEMIGOS

AMIGOS y enemigos,
y entremedias,
casi al completo, el pobre pulular y afanarse
del resto de los hombres,
de quienes nada dice el buen Gautama.
Su receta –es sabido– sólo era individual
y aun ese individuo está sobrando
si, como tal y en abstracto, se tiene.
Gramática y no-hacer libran sordo combate
en el mundo budista
y el resultado podría cifrarse
en un Silencio resuelto en Vacío
(o viceversa),
en algo que alcanzaron los más altos poetas
y los mayores místicos,
y resulta del todo imposible nombrar,
pues sería negarlo o reducirlo.